

VAL McDERMID

El canto de las sirenas

UN CASO DE TONY HILL Y CAROL JORDAN



Un asesino en serie está sembrando el terror en la pequeña ciudad de Bradfield.

Han aparecido los cadáveres de cuatro hombres brutalmente torturados y mutilados. La policía está desorientada a causa de la falta de pistas. Debido al depravado modo de actuar del asesino, decide recurrir a la colaboración de Tony Hill, un psicólogo experto en el estudio de mentes criminales.

Hill, acostumbrado a relacionarse con homicidas ya encarcelados, debe enfrentarse ahora a un monstruo que está en libertad, con el riesgo de convertirse en su próxima víctima.

El canto de las sirenas es el primer libro de una popular saga de novelas protagonizadas por Tony Hill y Carol Jordan. Esta obra, que Val McDermid publicó cuando ya tenía a sus espaldas una larga trayectoria como escritora, ha tenido un éxito fulgurante y ha logrado un alto reconocimiento por parte de la crítica, gracias a una historia impactante que no concede ni un segundo de respiro al lector.

DEL DISCO DE 3 1/2" ETIQUETADO COMO:

COPIA DE SEGURIDAD.007; ARCHIVO AMOR.001

Siempre recuerdas la primera vez. ¿No es, acaso, eso lo que se dice del sexo? Pues con el primer asesinato sucede lo mismo. Jamás olvidaré ni un solo momento delicioso de ese extraño y exótico drama. Y aunque ahora, echando la vista atrás y gracias al beneficio de la experiencia, sea consciente de que fue una actuación de principiante, sigue conservando la fuerza necesaria para estremecerme a pesar de que ya no me satisfaga.

Si bien no me había dado cuenta de ello hasta que me vi en la tesitura de actuar, llevaba cierto tiempo preparando el terreno para aquel asesinato. Imagina un día de agosto en medio de la Toscana. Un autobús con aire acondicionado nos lleva de ciudad en ciudad a toda velocidad. Se trata de un autobús cargado de buitres de cultura norteña, desesperados por llenar cada momento de nuestro precioso paquete vacacional de quince días con algo que sea memorable del castillo de Howard y Chatsworth.

Disfruté de Florencia; las iglesias y las galerías de arte estaban llenas, en extraña convivencia, de imágenes de vírgenes y mártires. Había subido hasta la vertiginosa bóveda de Brunelleschi que quedaba por encima de la inmensa ca-

tedral, después de ascender por la sinuosa escalera que lleva desde la galería hasta la pequeña cúpula. Los gastados escalones de piedra se hallaban firmemente encajados entre el techo de la bóveda y el tejado. Era como estar dentro del ordenador, como una aventura de rol, abriéndome paso por el laberinto en busca de la luz diurna. Lo único que faltaba eran los monstruos que había de matar por el camino. Y, a continuación, emerger a la brillante luz del día y sorprenderme de que allí arriba, al final de esa estrecha ascensión, hubiera un vendedor de postales o recuerdos típicos, un vendedor pequeño, oscuro y sonriente, encorvado por el peso de los años que llevaba levantando sus mercancías por encima de su cabeza. Si realmente hubiera sido un juego, podría haberle comprado algún objeto mágico. Como era lo que era, me limité a comprarle más postales de esas que iba a enviar luego a mis seres queridos.

Después de Florencia, San Gimignano. El pueblo se alzaba en la verde planicie toscana, sus torres en ruina se elevaban hacia el cielo como dedos que intentaran salir de una tumba. El guía parloteaba y decía no sé qué de una «Manhattan medieval», otra comparación errónea que añadir a la lista de las que iban soltándonos desde Calais.

Mi excitación aumentaba a medida que nos acercábamos a la ciudad. Por toda Florencia había visto anuncios de la única atracción turística que realmente me interesaba: pancartas fascinantes de color rojo y dorado pendían vistas de las farolas, como invitándome a que visitase el Museo Criminológico de San Gimignano. Tras consultar mi guía de conversación, confirmé lo que creía haber entendido en la letra pequeña: se trataba de un museo de criminología y tortura. Obsta decir que no formaba parte del itinerario cultural.

No tuve que ir en busca de mi objetivo; casi diez metros después de pasar bajo el enorme arco de piedra que hacía de portón de las murallas medievales, me entregaron un folleto del museo en donde aparecía incluso un pequeño ma-

pa que explicaba cómo llegar a él. Mientras disfrutaba del placer que produce la expectación, paseé por la zona un rato, maravillándome de las torres, en realidad monumentos a la ausencia de armonía civil. Cada una de las familias poderosas había poseído su propia torre fortificada que defendía de sus enemigos por cualquier medio, desde el uso de plomo hirviendo hasta el de cañones. En el momento de mayor prosperidad, la ciudad tenía, supuestamente, unas doscientas torres. Comparado con el San Gimignano medieval, el sábado por la noche en los muelles, tras la hora de cierre, parecía un jardín de infancia, y los marineros, meros aficionados a las peleas.

Cuando ya no pude resistir más el empuje del museo, crucé la piazza Central, en cuya fuente eché una moneda de doscientas liras de dos colores para que me diera suerte, y caminé varias docenas de metros por una calle secundaria con las antiguas paredes de piedra adornadas por tapices rojos y dorados que ya me resultaban familiares. Entré en el fresco vestíbulo mientras la emoción zumbaba en mi interior como un mosquito desesperado ansioso de sangre. Tras relajarme, compré una entrada y una copia de la satinada guía ilustrada que tenía el museo.

¿Cómo describir la experiencia? La realidad física resultaba muchísimo más irresistible de lo que me habían transmitido libros, fotografías o vídeos. La primera pieza era un potro en forma de escalera, acompañada por una tarjeta que describía su función en italiano e inglés con todo lujo de detalles. Los hombros se dislocaban, las caderas y las rodillas se separaban mientras se oía el sonido del cartílago y de los ligamentos desgarrándose, la columna vertebral se estiraba hasta quedar descompuesta y sentir que las vértebras caían como cuentas de un collar roto. En la tarjeta ponía lacónicamente: «A menudo, las víctimas medían entre quince y veintitrés centímetros más tras pasar por el potro». Qué mentes tan extraordinarias las de los inquisidores. No se conformaban con interrogar a los herejes mientras esta-

ban vivos y sufrían, sino que buscaban nuevas respuestas en sus cuerpos quebrantados.

La exposición constituía un monumento a la ingenuidad del hombre. ¿Cómo no admirar la mente de aquellos que examinaban el cuerpo humano de forma tan exhaustiva y que eran capaces de idear un sufrimiento calibrado de manera tan fina y exquisita? Con aquella tecnología tan rudimentaria, los ingenios medievales diseñaron sistemas de tortura tan refinados que aún hoy en día se usan. Parece que la única mejora que ha añadido nuestra moderna sociedad postindustrial consiste en el pánico adicional que conlleva la aplicación de descargas eléctricas.

Visité las diferentes salas y disfruté de todos y cada uno de los juguetes expuestos, desde los burdos pinchos hasta la doncella de hierro, pasando por la maquinaria más sutil y elegante que constituían las peras, esos objetos ovoides, estrechos y segmentados, que se insertaban en la vagina o el ano. Luego, cuando se daba vueltas al trinquete, los segmentos se separaban y se extendían hasta que la pera se metamorfoseaba en una flor extraña cuyos pétalos estaban cubiertos por afilados dientes metálicos. A veces, la víctima sobrevivía, lo que era, probablemente, un destino aún más cruel.

Noté inquietud y horror en las caras y voces de alguno de los visitantes que había a mi alrededor, pero me pareció mera hipocresía. En realidad, estaban disfrutando cada minuto de aquel peregrinaje, pero el decoro les impedía dar muestras públicas de disfrute. Los niños, en cambio, mostraban abiertamente su ardiente fascinación. Habría apostado, sin temor a equivocarme, que yo era la única persona dentro de aquellas habitaciones frescas pintadas en tonos pastel que sentía cómo su deseo sexual crecía mientras se alimentaba de la exposición. Cuántos encuentros sexuales por vacaciones habrían tenido lugar al calor picante de los recuerdos secretos del museo de la tortura.

Fuera, en un patio bañado por el sol, había un esqueleto acuclillado en una jaula. Tenía los huesos limpios como si se los hubieran roído los buitres. Allá por el tiempo en que las torres seguían en pie, estas jaulas colgaban de las paredes exteriores de San Gimignano a modo de advertencia, tanto para los habitantes como para los forasteros, de que en la ciudad eran muy duros con quienes no respetaban sus leyes a rajatabla. Sentía una extraña afinidad para con sus habitantes. Yo también creo en la necesidad de castigar la traición.

Cerca del esqueleto, apoyada contra una pared, había una enorme rueda de metal dentada. Habría quedado estupidamente expuesta en un museo de agricultura, pero la ficha que figuraba junto a ella le confería una función mucho más imaginativa. Los criminales eran atados a la rueda. Primero los fustigaban hasta arrancarles la piel a tiras y dejar al descubierto sus entrañas frente a una muchedumbre entusiasmada. Luego les rompían los huesos usando barras de hierro. De pronto, me vino a la mente aquella carta del tarot: la rueda de la fortuna.

Cuando me di cuenta de que iba a tener que asesinar, los recuerdos del museo de la tortura acudieron a mí como la inspiración de una musa. Siempre se me han dado bien los trabajos manuales.

Después de la primera vez, parte de mí esperaba no verse forzada a hacerlo de nuevo. Pero sabía que, en caso de tener que repetir, lo haría mejor. Descubrimos las imperfecciones de nuestros actos gracias a los errores que cometemos. Y, afortunadamente, la práctica hace al maestro.

1

Señores: el comité me ha honrado con la ardua tarea de pronunciar la conferencia en honor de Williams sobre el tema Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes. Quizá la tarea habría sido fácil hace tres o cuatro siglos, cuando era muy poco lo que se sabía del arte y muy contados los grandes modelos expuestos, pero en nuestra época no faltan obras maestras de valor ejecutadas por profesionales, y el público exigirá un adelanto que esté a la altura respecto del estilo de la crítica que haya de aplicarse^[1].

Tony Hill entrelazó las manos por detrás de la cabeza y se quedó mirando al techo. Una gran telaraña de grietas rodeaba la elaborada roseta de yeso de la que pendía el portalámparas, pero él no le prestó atención. La tenue luz del amanecer, teñida de naranja por las farolas de sodio, entraba a través de un hueco triangular que había en lo alto de las cortinas; pero eso tampoco le interesaba. Inconscientemente, oía la caldera de la calefacción central puesta a todo trapo, preparándose para suavizar el húmedo frío invernal que se filtraba por debajo de la puerta y los marcos de las ventanas. Tenía la nariz fría y los ojos enrojecidos. No recordaba la última vez que había dormido de un tirón. La preocupación por lo que tenía que hacer ese día era una de las razones que habían interrumpido su sueño. Pero había otras. Muchas más.

Como si lo de hoy no fuese suficiente. Sabía lo que se esperaba de él, pero dar la talla era otra historia. Había gente capaz de hacerse cargo de este tipo de cosas y sentir apenas poco más que un leve cosquilleo en el estómago. Pero Tony, no. Necesitaba todas sus fuerzas para mantener la fachada que debía construirse a fin de encajar lo que tenía que ocurrir. En circunstancias como esta, entendía cuánto debía de costarles a los actores del método realizar esas actuaciones tensas y complejas que cautivaban a la audiencia. Cuando llegase la noche, no valdría para nada excepto para realizar otro vano intento de dormir ocho horas seguidas.

Cambió de postura en la cama y se removió el pelo, corto y oscuro, con la mano. Se rascó la barba de tres días a la altura de la barbilla y suspiró. Estaba seguro de lo que debía hacer ese día, pero, aun así, sabía que hacerlo iba a suponer un suicidio profesional. Daba igual que fuera consciente de que en Bradfield había suelto un asesino en serie. No podía ser él quien lo dijera primero. El hambre hizo que sus tripas se retorcieran así que esbozó una mueca de dolor. Suspiró de nuevo mientras apartaba el edredón de plumas; se levantó de la cama y sacudió las piernas para desplegar el acordeón en que se había convertido el pijama holgado que vestía.

Fue hasta el baño caminando con dificultad y encendió la luz de un manotazo. Mientras vaciaba la vejiga, buscó la radio y la encendió. El comentarista de tráfico de *Bradfield Sound* hablaba de los embotellamientos que se estaban produciendo de buena mañana con un optimismo que ningún conductor podría igualar sin antes haber ingerido grandes dosis de Prozac. Dio gracias por no tener que coger el coche aquella mañana y se plantó frente al lavabo.

Se miró a los ojos, de un color azul profundo. Estaban llenos de legañas. «El que dijo que los ojos son el espejo del alma era un puñetero vendedor de humo», pensó con ironía. Seguro pues, de lo contrario, no tendría ni un solo

espejo intacto en la casa. Se desabrochó el botón superior de la chaqueta del pijama y abrió el armarito del lavabo en busca de la espuma de afeitar. Un temblor de la mano hizo que se detuviera en seco. Enfadado, cerró la puertecita de golpe y cogió la maquinilla eléctrica. No le gustaba afeitarse con ella porque no le dejaba esa sensación de frescura y limpieza que obtenía afeitándose con cuchilla. Pero era mejor sentirse ligeramente desaliñado que aparecer como si fuera la fotografía de un tipo desangrado por un millar de cortes.

El otro inconveniente de la maquinilla eléctrica consistía en que no tenía que concentrarse tanto en lo que estaba haciendo, por lo que su mente era libre de pensar en el día que le esperaba. A veces, le resultaba tentador creer que todo el mundo era como él, que todos se levantaban por la mañana y elegían al personaje que iban a representar durante el resto del día. Si bien había descubierto a lo largo de los años que llevaba explorando la mente de las personas que no era así. Para la mayoría de la gente, el rango de personajes dentro del que podía elegir estaba muy limitado. Sin duda, habría quien estaría muy satisfecho de aquello en lo que se había convertido Tony, como resultado de las diferentes elecciones llevadas a cabo desde el conocimiento, la habilidad y la necesidad. Él, no.

Cuando apagó la máquina, oyó los acordes frenéticos previos al resumen de noticias de *Bradfield Sound*. Con la sospecha de que algo repentino iba a suceder, miró la radio, tenso y en alerta como si fuera un corredor de media distancia a la espera del pistoletazo de salida. Cuando acabó el boletín de cinco minutos, suspiró aliviado y abrió la cortina de la ducha. Esperaba que hubieran realizado algún descubrimiento que no habría podido ignorar. Aunque, de momento, seguía habiendo solo tres cadáveres.

Al otro lado de la ciudad, John Brandon, comisario del departamento de Homicidios de la Policía Metropolitana de Bradfield, se encorvó sobre el lavamanos y observó su rostro apesadumbrado en el espejo. Ni siquiera la espuma de afeitar, que cubría su barba y le hacía parecer Santa Claus, le confería un semblante benevolente. De no haber elegido trabajar como policía, habría sido un candidato ideal para director de funeraria. Medía casi 1,90 metros; era delgado, más bien huesudo; tenía los ojos oscuros, de mirada profunda, y peinaba canas prematuras, grises como el acero. Su cara alargada no perdía ese aire melancólico ni siquiera cuando sonreía. Pensó en que parecía un sabueso resfriado. Al menos, tenía un buen motivo para sentir tal amargura: iba a tomar una decisión que al subcomisario le gustaría tan poco como a los integrantes de la Orden de Orange ver entrar en su sede a un sacerdote.

Suspiró profundamente al tiempo que el espejo se empañaba de vaho. Derek Armthwaite, el comisario en jefe, tenía unos fulgurantes ojos azules dignos de un visionario, pero su forma de ver no tenía nada de revolucionaria. Era un hombre que consideraba el Viejo Testamento una guía mucho más útil que el propio *Manual policiaco y criminal de pruebas*. No solo creía que la mayoría de los métodos policiacos modernos no eran eficaces, sino que los consideraba una herejía. En su opinión, a menudo airada, volver al empleo de la vara de abedul y al látigo de nueve colas sería mucho más eficaz para reducir el crimen que todos los trabajadores sociales, sociólogos y psicólogos del mundo juntos. De haber sabido lo que Brandon tenía planeado para esa misma mañana, habría hecho que lo transfirieran de inmediato a Tráfico —hoy en día, el equivalente a que la ballena se tragase a Jonás.

Unos golpes en la puerta del baño evitaron que su desánimo fuera mayor que su resolución.

—Papá —gritó su hija mayor—, ¿te queda mucho?

Agarró fuertemente la maquinilla, la sumergió en el lavamanos y la pasó una vez por la mejilla antes de contestar.

—Cinco minutos, Karen. Disculpa, cariño. —En una casa con tres quinceañeros y un solo baño apenas si había oportunidades para dar vueltas a los asuntos.

Carol Jordán dejó la taza de café a medio beber en uno de los bordes del lavamanos y entró a trompicones en la ducha mientras esquivaba el gato negro que se le enroscaba en los tobillos.

—Ahora no, *Nelson* —masculló mientras le cerraba la puerta en las narices y este lanzaba un maullido interrogativo—. Y no despiertes a Michael.

Carol había creído que su ascenso a detective, que la sacaba de la lista de turnos rotativos, iba a garantizarle esas ocho horas de sueño nocturno que tanto había echado de menos desde su primera semana en el cuerpo. Pero la mala suerte hizo que su ascenso coincidiera con un caso que su equipo denominaba, en privado, «muertes extrañas». Por mucho que el subcomisario Tom Cross defendiese a capa y espada ante la prensa y en la sala de información que no había conexiones forenses entre los asesinatos, y que nada hacía pensar que hubiera un asesino en serie en Bradfield, en el departamento de Homicidios pensaban de otro modo.

Mientras el agua caliente le caía en cascada sobre la cabeza y tornaba de color pardo su pelo rubio, Carol pensó —y no por primera vez— que la actitud de Cross, al igual que la del comisario en jefe, solo servía para calmar sus propios prejuicios y que poco o nada ayudaba a la población. Cuanto más tiempo pasaran negando la existencia de un asesino en serie que atacaba a hombres cuyo porte respetable escondía una vida secreta gay, más y más homosexuales iban a seguir muriendo. Ya que no podías sacarlos

de la calle arrestándolos, que los quitase de en medio un asesino, ¿no es cierto? Tanto daba que lo hiciera asesinando, o bien a través de ese miedo provocado por dichos asesinatos.

Esta política hacía que todas las horas que ella y sus compañeros le estaban echando al caso fuesen en vano. Por no mencionar los cientos de miles de libras procedentes del dinero de los contribuyentes que estaba costando la investigación; especialmente, a raíz de que Cross insistiera en que cada muerte fuera tratada por separado. Cada vez que alguno de los tres equipos daba con algún detalle que parecía relacionar los casos, Tom Cross lo desechaba aduciendo cinco discrepancias. Daba igual que las similitudes fueran distintas cada vez y que él siguiera manteniendo el mismo quinteto de incompatibilidades: Cross era el jefe. Y el comisario en jefe había optado por lavarse las manos a este respecto y hacer mutis por el foro gracias a sus oportunos dolores de espalda.

Masajeó el champú hasta que produjo una generosa capa de espuma y notó cómo iba despertando poco a poco bajo el agua caliente. Pero, bueno, su parte de la investigación no podía encallar por culpa de los intolerantes prejuicios de *Popeye* Cross. Aunque alguno de los oficiales más bisoños de su equipo quisiera adoptar la estrechez de miras del subcomisario como excusa por su falta de inspiración, ella iba a comprometerse al máximo e iba a avanzar en la dirección correcta. Llevaba nueve años esforzándose como el que más para conseguir una buena nota, primero; y después, para justificar que hubiera ascendido tan deprisa. No tenía la menor intención de que su carrera desembocase en vía muerta por haber cometido el error de elegir una comisaría dirigida por un puñado de neandertales.

Decidida, salió de la ducha con los hombros erguidos y una mirada desafiante en sus ojos verdes.

—Vamos, *Nelson* —dijo mientras se ponía el albornoz, se arrebujaba en él y cogía en brazos el saco de músculos

cubierto de pelo negro—. Vamos a ponerte algo rico para comer, chico.

Tony estudió la imagen proyectada en la pantalla durante cinco segundos más. Visto que la mayor parte de la audiencia había demostrado una gran falta de interés por su charla, al no tomar, de manera deliberada, ni una sola nota, quería al menos concederle al subconsciente de toda esa gente la oportunidad de que absorbiera el esquema que había diseñado para crear un perfil criminal. Así pues, se volvió hacia el público y dijo:

—No les voy a recordar algo que ya saben: que no son los criminólogos quienes atrapan a los criminales, sino los policías de a pie.

Sonrió a la audiencia, compuesta por oficiales superiores y funcionarios del Ministerio del Interior, para invitarles a que compartieran su ironía. Algunos lo hicieron, pero la mayoría permaneció con la cara larga y ligeramente inclinada hacia delante.

Daba igual cómo lo disfrazase, sabía que no iba a convencer a este grupo de policías curtidos de que él no era otro cerebritito universitario desfasado más que había venido a decirles cómo hacer su trabajo. Reprimió un suspiro, consultó sus notas y siguió con su charla, buscando el contacto visual cada vez que era posible y reproduciendo el lenguaje corporal informal que había aprendido de los cómicos en los clubes del norte.

—Pero, a veces, los criminólogos vemos las cosas de otra manera. Y esa nueva perspectiva puede marcar la diferencia. Los muertos cuentan historias; y no es la misma la que le cuentan a un criminólogo que la que le cuentan a un agente de policía. Por ejemplo, si se encuentra un cadáver entre los arbustos a tres metros de la carretera, un agente de policía buscará pistas por la zona, del tipo: ¿hay pisadas?, ¿se ha deshecho de algo el asesino?, ¿han quedado

fibras prendidas en las ramas de los arbustos? En cambio, para mí, ese mero hecho se erigirá como punto de partida de una serie de especulaciones, a las que daré forma con el resto de informaciones que tenga a mi disposición y que podrían llevarme a conclusiones muy útiles sobre el asesino. Así pues, yo me preguntaría: ¿ha dejado el cuerpo aquí de forma deliberada o estaría demasiado cansado para llevarlo más lejos?, ¿pretendía esconderlo o tirarlo sin más?, ¿quería que lo encontrásemos?, ¿cuánto tiempo esperaba o creía que tardaríamos en encontrarlo?, ¿tiene este lugar algún significado para él?

Se encogió de hombros e hizo un gesto interrogativo con las manos. La audiencia seguía sin inmutarse. Dios, ¿cuántos conejos más iba a tener que sacar de la chistera para que esta gente reaccionara? Las perlas de sudor de la nuca empezaban a convertirse en gotas que corrían por su piel más allá del cuello de la camisa. Era una sensación incómoda que le recordaba quién era él en realidad, por mucha máscara que se hubiera puesto para llevar a cabo su aparición pública.

Carraspeó para aclararse la garganta, se concentró en lo que estaba proyectando en vez de en lo que estaba sintiendo y siguió adelante.

—Trazar un perfil del asesino es una herramienta más para ayudar a los agentes a reducir el foco de investigación. Nuestro trabajo consiste en darle sentido a lo extraño. No les podemos dar ni el nombre, ni la dirección, ni el teléfono del criminal; pero sí podemos encaminarles hacia el tipo de persona que ha cometido un crimen, de acuerdo con unas características concretas. A veces, podemos incluso indicar la zona en la que vive o el trabajo que podría desempeñar. Sé que muchos de ustedes ponen en duda que sea necesaria la creación de una Unidad Nacional de Criminología. Y no son los únicos, los defensores de las libertades civiles se quejan a gritos.